seamos felices eternamente en el cielo; pero para ello, Dios necesita nuestros méritos, porque como Dios es tan justo, no puede premiar sin méritos, y los méritos solamente se pueden hacer en esta vida trabajando y padeciendo por amor de Dios.

Por eso, en la Carta a los Hebreos, se nos dice: *"Hijo mío, no desprecies la corrección del Señor, ni caigas de ánimo cuando te reprende. Porque el Señor, al que ama, le castiga, y a cualquiera que recibe por hijo suyo, lo azota. Sufrid, pues, la corrección. Dios se porta con vosotros como con hijos"* (Heb. 12,5,7).

A este respecto, dice San Agustín: "Escucha la Escritura que dice. *Azota a todo hijo que recibe.* Por tanto, prepárese para ser azotado, o no pretendas ser recibido como hijo. El *azota a todo hijo a quien ama.* Por tanto, si quieres ser exceptuado del dolor de los azotes, serás exceptuado también del número de los hijos". Y sigue diciendo: "Me preguntarás: "¿Es cierto que azota a todo hijo? -Cierto que azota a todos como azotó a su único Hijo... Con este fin se revistió de carne, para no escapar al azote. Por tanto, quien azota al Hijo único sin pecado, ¿dejará libre del azote al hijo aceptado y con pecado?" (Sm. 46,11).

Y continúa San Agustín: "¿Qué diremos de aquellos que por no herir a los que les hablan, no sólo no los preparan para las tentaciones eminentes, sino que hasta les prometen la felicidad en este mundo, que Dios no prometió ni al mismo mundo? Dios predice que han de venir fatigas sobre fatigas al mismo mundo hasta el fin, y tú ¿quieres que el cristiano esté exento de ellas? Por el hecho de ser cristiano, ha de sufrir en este mundo todavía un poco más. Así dice el Apóstol: *Todos los que quieran vivir virtuosamente en Cristo, sufrirán persecución* (2 Tm. 3,19).

¿Queréis saber cómo era la vida de los Apóstoles y los primeros cristianos? San Pablo nos lo cuenta: *"Hasta la hora presente andamos sufriendo el hambre, la sed, la desnudez, los malos tratamientos y no tenemos dónde fijar nuestro domicilio. Nos afanamos trabajando con nuestras propias manos: nos maltratan y bendecimos; padecemos persecución y la soportamos; nos calumnian y respondemos con persuasiones; en fin, hemos llegado a ser, hasta la hora presente, como la basura del mundo, como la escoria de todos"* (1 Cor. 4,11-13).

Ya en el Antiguo Testamento, estaba escrito: *"Hijo mío, no rehuses la corrección del Señor,*

ni sientas disgusto cuando Él te castiga, porque el Señor castiga a los que ama y aflige a los hijos más queridos" (Prov. 3, 11-12).

Por tanto, no debemos entristecernos cuando nos afligen tribulaciones, pues además de ser una prueba de que Dios nos ama, es mucho lo que ganamos sufriendo, como dice Santiago: *"Hermanos, habéis de tener por objeto de sumo gozo al caer en varias tribulaciones, sabiendo que la prueba de vuestra fe, produce la paciencia, y que la paciencia perfecciona la obra, para que vengáis a ser perfectos y cabales, sin faltar en cosa alguna"* (St. 1,2-3).

Y San Pedro añade: *"Os conviene que por un poco de tiempo (como es la vida presente) seáis afligidos con diversas pruebas, para que vuestra fe probada de esta manera y mucho más acendrada que el oro, que se acrisola con el fuego, se halle digna de alabanza, de gloria y de honor en la venida manifiesta de Jesucristo"* (1 Ped. 1,6-8).

El libro de la Sabiduría, hablando de los justos, dice: *"Su tribulación ha sido ligera, pero su galardón será muy grande; porque habiéndolos Dios probado, los ha hallado dignos de sí. Los ha probado como se prueba el oro en el crisol, y los aceptó como víctimas de holocaus-*

to; a su tiempo les dará la recompensa por toda la eternidad" (Sab. 3, 1-9).

El grandísimo amor que Dios nos tiene

Decía Jesucristo: *Tanto amó Dios al mundo que le entregó su propio Hijo a fin de que todos los que creen en Él no perezcan, sino que consigan la vida eterna"* (Jn. 3,16).

Dios Padre ama a su Hijo con un amor infinito, *en Él tiene puestas todas sus complacencias* (Mt. 17,5), y le ama con un amor tan grande que supera infinitamente al amor que tiene a todos los ángeles y santos juntos, incluída la Santísima Virgen. Pues ¿cómo se explica que cuando Jesucristo en la oración del Huerto, aterrorizado de lo que le esperaba, le pidiera al Padre que si era posible lo librase de todo aquello que se le venía encima y el Padre le mandara a un ángel para animarle a padecer?

Cierto que el Padre ama a su Hijo con un amor infinitamente superior al amor que nos tiene a nosotros, pero era tanta nuestra desgracia y necesitábamos tanto conseguir su perdón, que no pudo menos que consentir que su Hijo sufriera muerte de cruz para conseguir nuestra salvación.

Por eso decía el Apóstol: *El que ni a su propio Hijo perdonó, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo después de habérnosle dado a El dejará de darnos cualquier otra cosa?* (Rm. 8,32).

En esto se demostró la caridad de Dios hacia nosotros, en que Dios envío a su Hijo unigénito al mundo, para que por Él tengamos la vida. Y en esto está la caridad: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó primero a nosotros y envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados. (1 Jn. 4,9-10).

Dios, que es rico en misericordia, movido del excesivo amor con que nos amó, aun cuando estábamos muertos por los pecados, nos dio vida juntamente en Cristo (Ef. 2,4-5).

Jesús en el Huerto, *oraba al Padre, que podía librarlo de la muerte con grandes clamores y lágrimas, y con el rostro bañado en sangre, clamaba: ¡Abba, Padre: Si es posible aleja de mí este cáliz!* Pero comprendiendo que el Padre deseaba nuestra salvación, añadió: *"No se haga como yo quiero sino como tú quieres".* (Lc. 22,43-44).

¿Cómo se explica, pues, que amando Dios a su Hijo con un amor infinito, y viéndolo sufrir tanto en aquella agonía, no lo librara de ella y

de los enormes tormentos que le esperaban para poder salvar al hombre pecador? ¿Qué esperaba recibir del hombre que Él no tuviera? Pues ¿por qué tanto interés en salvarnos sabiendo lo desagradecidos que somos? ¡Oh si pudiésemos comprender todo el alcance y significado de aquella expresión: *"Tanto amó Dios al mundo...!*

La ciencia médica al estudiar hoy la Pasión de Jesucristo, no entiende cómo un hombre normal pudo padecer tantos tormentos, pues cada uno de ellos por separado era suficiente para causar la muerte.

El tormento de la flagelación, reservado únicamente a los esclavos malvados, era tan doloroso y cruel que sin causar heridas mortales, muchos morían por la intensidad del dolor...

El tormento de la corona de espinas, clavadas en la cabeza, la parte más delicada y sensible del cuerpo, porque a ella van a parar todas las sensaciones del dolor por estar en ella la terminal de todos los nervios, fue un tormento supersensible y doloroso, capaz de volverle loco y de hacerle morir de puro dolor.

El tormento de los clavos en los pies y en las manos, al permanecer colgado de los mismos todo el peso del cuerpo, fué tan terrible y espantoso como nadie es capaz de imaginar. Y este

no fué un tormento de un momento, como quien muere de un tiro que al momento pierde el sentido; pues Jesucristo estuvo vivo tres largas horas colgado de la cruz, sufriendo los tormentos que nadie es capaz de imaginar. Pues, como dice un autor: "Sin un milagro de la gracia de Dios, nadie en este mundo está capacitado para poder comprender los dolores y tormentos que Jesús pudo padecer colgado de la cruz".

Nadie tiene amor más grande...

Dijo Jesús: *Nadie tiene amor más grande que aquel que da la vida por sus amigos* (Jn. 15,13). Y San Pablo añade: *Pero lo que hace resaltar más el amor de Dios hacia nosotros, es que cuando aun éramos pecadores, es cuando al tiempo señadado murió Cristo por nosotros* (Rm. 5,8).

El amor de Cristo supera todos los amores, porque Él no ama solamente a los amigos, sino también a los enemigos, porque *Él no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva* (Ez. 11,13), y da su vida para salvarlos, y no le regatea una sóla gota de sangre ni los mayores sufrimientos.

¡Oh hombre que esto lees! No mires con desprecio a las almas por las que murió Jesucristo,

y no seas indiferente a los problemas que puedan tener en orden a su salvación. Mira a ver si está en tu mano hacer algo para que se salven y no resulten inútiles tantos trabajos que por ellas Jesucristo padeció.

Jesucristo dijo: *Yo soy el buen pastor, y el buen pastor da la vida por sus ovejas.. Por eso el Padre me ama, porque doy mi vida para tomarla otra vez. Nadie me la quita, sino que yo la doy de mi propia voluntad, pues soy dueño de darla y dueño de recobrarla: este es el mandamiento que recibí de mi Padre* (Jn. 10,11-18).

Y la Sagrada Escritura nos sigue hablando del amor que Dios nos tiene, en estos términos:

Dios es amor. En esto se demostró la caridad de Dios hacia nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que por Él tengamos la vida (1 Jn. 4,8-9).

En esto hemos conocido la caridad de Dios, en que dio su vida por nosotros; y nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos (1 Jn. 3-16).

Y en esto está la caridad: no es que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó primero a nosotros, y envió a su Hijo como propiación por nuestros pecados (1 Jn. 4,10).

Cristo nos amó y se ofreció a Sí mismo a

Dios en oblación y hostia de olor suavísimo (Ef. 5,2).

El cual se dió a sí mismo por nuestros pecados, para sacarnos de la corrupción del presente siglo, conforme a la voluntad de Dios y Padre nuestro (Gal. 1,4).

El cual se dio a sí mismo por nosotros, para redimirnos de todo pecado, purificarnos y hacer de nosotros, un pueblo suyo propio, celador de buenas obras (Tit. 2,14).

Se dio a sí mismo en rescate por todos... (1 Tim. 2,6).

En esto hemos conocido el amor de Dios: en que el Señor dio su vida por nosotros (1 Jn. 3,16).

Así se ha manifestado la benignidad y el amor de nuestro Salvador para con los hombres (Tit. 3,4).

Pero lo que hace brillar más la caridad de Dios para con nosotros es que aun cuando éramos enemigos suyos fué cuando al tiempo señalado murió Cristo por nosotros (Rm. 5, 8-9).

El amor de Cristo para con nosotros sobrepuja todo conocimiento (Ef. 3,14-19).

"Pues Dios, siendo rico en misericordia, por causa de su mucho amor conque nos amó, cuando nosotros estábamos muertos por el

pecado nos vivificó juntamente con Cristo (pues por gracia habéis sido salvador), y nos resucitó y nos hizo sentar también juntamente en virtud de Cristo Jesús en los cielos, para manifestar en los siglos venideros la excelsa riqueza de su gracia por su bondad para con nosotros en Cristo Jesús" (Efes. 2,4-7).

"Mirad que gran amor hacia nosotros ha tenido el Padre, queriendo que llamemos hijos de Dios y los seamos en efecto... Carísimos, ahora somos ya hijos de Dios, pero aun no se ha manifestado lo que seremos. Pues sabemos que cuando se manifieste seremos semejantes a Él, porque le veremos tal cual es" (1Jn. 3,1.4).

"El que ni a su propio hijo perdonó, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo después de habérnosle dado a Él dejará de darnos cualquier otra cosa?" (Rm. 8,32)

El amor se demuestra con las obras, pues, como dice el refrán: "Obras son amores y no buenas razones".

Miremos a Cristo en la cruz, contemplemos sus enormes y voluntarios padecimientos, y pensemos bien por qué lo hizo.

Viendo lo que hace el Padre al entregarnos a su amantísimo Hijo, y viendo lo que hace el Hijo al aceptar y querer morir por nosotros,

¿podremos aun seguir dudando del enorme amor que Dios nos tiene?

Jesucristo vino expresamente a este mundo a padecer los más crueles tormentos para de esta forma demostrarnos su amor y forzarnos a que también nosotros le amásemos.

He oído decir a algunos sacerdotes pertenecientes a la llamada: "Teología de la liberación", que hablaban de la muerte de Cristo como del gran fracaso de Dios: como si Dios si hubiera querido no hubiera podido impedir que muriera en la cruz. Pero la Sagrada Biblia nos demuestra bien claramente que Jesucristo aceptó voluntariamente la muerte, como lo manifiestan los textos siguientes:

"Desde entonces comenzó a manifestar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén, padecer mucho de parte de los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, ser muerto y al tercer día resucitar.

Pedro tomándolo aparte, se puso a amonestarle diciendo: ¡Lejos de ti, Señor! que no te ocurra eso. Mas volviéndose Jesús, dijo a Pedro: ¡Retírate de mí, Satanás! ¡Que me escandalizas! porque no sientes las cosas de Dios, sino las de los hombres!" (Mt. 16, 21-23); Mc. 8,31-33).

"Por eso el Padre me ama, porque Yo doy mi vida para volver a tomarla. Nadie me la puede quitar, sino que Yo mismo la doy. Tengo poder de darla y poder para recobrarla. Este es el mandamiento que recibí de mi Padre" (Jn. 10, 17-18).

"Simón Pedro, que tenía una espada, la desembainó, dió un golpe al siervo del pontífice y le cortó la oreja derecha... Dijo Jesús a Pedro: Pon la espada en la vaina; ¿O es que no voy a beber el cáliz que me ha dado el Padre?"(Jn. 18, 10.-11).

"¡Vuelve la espada a su lugar! porque todos los que empuñan la espada, a espada morirán. ¿O crees que no puedo invocar a mi Padre y me daría al punto más de doce legiones de ángeles? Pero, ¿cómo se cumplirían las Escrituras de que así debe ocurrir?" (Mt. 26, 51-54).

"Tened en vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús, el cual, teniendo la misma naturaleza de Dios, no consideró como un botín el ser igual a Dios, sino que se anonadó a sí mismo, tomando naturaleza de siervo, hecho semejante a los hombres. Y hallándose en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz" (Fil. 2, 5-8).

Jesucristo padeció su pasión y muerte volun-

tariamente porque quiso; pero su naturaleza humana rechazaba el dolor como lo rechazamos todos los humanos. Y como desde el principio de su vida terrena ya sabía todo lo que tenía que padecer, toda su vida la pasó tremendamente angustiado, como lo demuestran sus palabras cuando dijo:

"Un bautismo tengo que recibir, y ¡que de angustias padezco hasta que se cumpla!" (Lc. 12,50).

"Ahora mi alma está turbada: ¿y qué diré? ¿Padre, presérvame de esta hora? ¡Más precisamente para eso he llegado a esta hora!" (Jn. 12,27).

Jesucristo sabía todo lo que tenía que padecer, y como era humano como nosotros, se angustiaba tremendamente cada vez que pensaba en lo que tendría que aguantar.

Recordemos lo que sufrió en la oración del Huerto, cuando sudó sangre hasta regar el suelo, por la angustia que tenía al aproximarse la hora tan temida.

Esta vida no es la vida

Hoy día la televisión es la que educa e impone en el mundo sus ideas, sus opiniones y sus criterios, y toda la sociedad se va formando

según esas ideas, esas opiniones y esos criterios, que, respecto al sentido de la vida, son totalmente equivocados. Desde hace unos quince o veinte años, por todos los canales de la televisión, constantemente se está propagando la idea de que no hay Dios, y de que no hay más vida que esta de acá, porque los hombres somos como los animales, que cuando nos morimos, nos convertimos en polvo, y nuestra vida se acaba para siempre.

Los cristianos sabemos por la fe, que la verdadera vida, empieza para nosotros precisamente cuando nos morimos; porque la muerte no es el fin de la vida, sino el paso necesario para poder entrar en la vida verdadera, que dura para siempre.

No hay duda que la mayoría de la gente de este mundo vive en él como si fuera el fin para el que hemos sido creados; mas es preciso reconocer que éste es un error, porque Dios nos ha creado para ser felices, pero no en este mundo, sino que nos ha puesto en él para merecer la felicidad eterna que nos tiene prometida en la vida futura, pues *"ésta es la promesa que Dios nos hizo, la vida eterna"* (1 Jn. 2,25).

Yo quisiera, al igual que Mons. Gaume, *desengañar, consolar, ilustrar y dar ánimo* a

mis lectores. Desengañar a los que creen que la vida de acá es la verdadera vida; consolar a los que mirándola así, se espantan, o se desconsuelan por la muerte; ilustrar a los que se forjan ilusiones sobre la naturaleza y el fin de esta vida; dar ánimo a los peregrinos de la tierra para la conquista de la vida verdadera.

Este libro, pues, nos enseñará a dar sentido a la vida y a reconocer que todos nos podemos santificar en los diversos estados de la presente, y, por ser ésta tan corta, no tiene comparación con la eterna, y que mil años no son nada en comparación con la eternidad.

¿Quién piensa seriamente en esto? Ni siquiera la mayor parte de las almas piadosas piensan seriamente en ello. San Juan de Ávila decía: "El que cree en la eternidad y nos se hace santo, merecería que le encerrasen en una casa de locos".

Dios quiera que la lectura de este libro nos haga cuerdos a todos y nos haga comprender que la vida presente no es la verdera vida, sino la eterna, que es la verdaderamente dichosa y bienaventurada, que Dios tiene preparada para cuantos le sirven y aman en ésta.

¿Qué es nuestra vida presente?

Esta vida es un viaje que emprendemos desde que nacemos, una breve peregrinación por este mundo. Y ¿de quién la recibimos? La recibimos de Dios que es la fuente de la vida.

Nuestra vida presente tiene una meta señalada por Dios. Él no quiere que seamos peregrinos siempre. Esta vida de que gozamos en el tiempo presente, Dios nos la da con el fin de que nos dirijamos a nuestra patria, la patria verdadera, pues, como nos dice el apóstol, *"no tenemos aquí una ciudad fija, sino que vamos en busca de una que es eterna"* (Heb. 13,14). Nuestra verdadera patria es el cielo. Como dice San Pablo escribiendo a los filipenses: *"Somos ciudadanos del cielo"* (3,20), y a él caminamos.

Dios nos ha hecho una gran promesa: *"La promesa que Dios nos hizo es la vida eterna"* (1 Jn. 2,25). *"Tenemos casa eterna en el cielo"* (2 Cor. 5,1). Y Jesucristo nos dice: *"Alegraros y regocijaos porque vuestra recompensa es grande en el cielo"* (Lc. 6,23).

La conseciencia de lo dicho es que esta vida no es la verdadera vida, y no lo es, porque es muy breve y la vida a que caminamos después de ésta es de duración eterna, y en ella ya no

habrá dolores, ni lágimas ni sufrimiento alguno. *"Los justos vivirán eternamente"* (Sab. 5,16).

"¿Qué es nuestra vida más que un breve día, do apenas sale el sol cuando se pierde en la noche fría?" (Fernández Andrada). "Este mundo es el camino/ para el otro, que es morada/ sin pensar/. Mas cumple tener buen tino/ para andar esta jornada/, sin errar" (Jorge Manrique). Y la copla popular dice: "Desde el día que nacemos a la muerte caminamos, y no hay cosa que más se olvide y que más cerca tengamos". "Vivir es marchar hacia la muerte; pero a esta no debemos temer, porque ella es la puerta que nos conduce a la vida eterna.

La tierra es un desierto, en la que vivimos como desterrados, y en el cielo es donde tenemos la verdadera patria. "Toda la Sagrada Escritura nos exhorta a desprendernos de la tierra y a dirigir nuestras miradas al cielo en donde se halla la verdadera y suprema felicidad" (San Agustín, Lib. de Civit).

La tierra no es la patria del hombre y es lo que iremos demostrando.

¿Qué es lo más importante)

Lo más importante para nosotros es saber què es esta vida y para que estamos en este

mundo, pues es un error muy grande y grave creer que no hay más vida que la presente, lo que nos obliga a gritar: ¡Oh hombres, mis amigos y mis hermanos! El error más radical, el más cruel, el más desastroso y desgraciadamente el más extendido en nuestros días, es creer que la vida de acá abajo es la verdadera vida.

Los hombres materialistas y ateos, que viven en el error y tratan de engañar a otros, son los que más allá de esta vida no ven nada; más allá de los negocios de esta vida, nada, más allá de las ocupaciones de esta vida y más allá de los bienes y los males, de las alegrías y las penas de esta vida, no ven nada, absolutamente nada. Para ellos todo se encierra en los estrechos límites del tiempo: que se haga la prueba de hablarles de otra vida, de otros intereses, de otros bienes y otros males, no ven nada, ni entienden nada...

¿Quieres convencerte de ello por ti mismo? Fíjate en su vida, observa sus costumbres, conoce sus preocupaciones, sus temores, sus ambiciones, sus dolores. Lee sus diarios, sus discursos; escucha sus convesaciones íntimas. Diez veces, veinte y cien veces que renueves la prueba, a todas horas y en todas las circunstancias te dará el mismo resultaado... fascinación

de bagatelas, que no los deja ver los bienes y los males reales y menos el abismo a que se dirigen... No conocen cuán desdichados son por no pensar en el más allá y creerse aquí eternos, mas cuando les va a sorprender la muerte, cuando menos lo piensen y se terminó todo para ellos y aquí dejarán sus bienes por los que tanto se afanaron y se presentan ante Dios con las manos vacías.

Los grandes problemas del hombre

El gran Pontífice Pío XI dijo: "Los gravísimos problemas que siempre han preocupado profundamente al género humano son los de su origen y de su fin: de dónde viene el hombre y a dónde va"; pero ¿quiénes piensan en esto?.

Los locos de hoy día, los que se creen más instruídos, han descubierto, como ellos dicen, que el hombre desciende del mono, en lugar de admitir con todo el género humano que procedemos de Dios. ¿Quién puede ignorar que nosotros tuvimos nuestros padres, y éstos otros hasta llegar a los primeros creados por Dios, que no fueron más que Adán y Eva. ¿No es una bajeza creer que somos hijos o nietos o tataranietos de algún gorila, solitario habitante de las selvas africanas?.

Los que no piensan en estos grandes interrogantes: ¿De dónde vengo? ¿Y dónde voy? ¿Para qué estoy en el mundo?, nos traen a la memoria aquel habitante de Pekin, a quien uno de nuestros misioneros le preguntó: ¿Para qué estas en el mundo?. Y él respondió: "Para comer arroz". Y tú, dijo a otro: ¿qué religión tienes? "Mi religión contestó, acariciando con ambas manos su prominente abdomen, es comer y beber bien, y digerir bien y dormir bien". "En tal caso, le dijo el misionero, tienes la misma religión que aquellos bueyes que pacen allá abajo en la pradera".

Ya hemos dicho que desde ya hace bastante tiempo se está haciendo por todos los medios de comunicación social, y principalmente por la televisión, una enorme campaña de descristianización, queriendo hacernos creer que no hay Dios ni hay resurrección, ni hay otra vida después de la muerte, sino que cuando nos morimos todo se acaba para siempre.

Muchos dicen: "Es imposible que haya otra vida, pues nunca ha vuelto nadie de allá". Pero esto no es verdad, pues está escrito en la Historia que vino Jesucristo a enseñarnos la verdad. También ha venido y se ha aparecido varias veces la Santísima Virgen, en Fátima, en

Lourdes y en otros muchos lugares, y ha hecho portentosos milagos para que se la creyera.

Y con respecto a Jesucristo, nos dice la Carta a los Hebreos:

"Dios, despues de haber hablado antiguamente muchas veces y de muy diferentes formas a nuestros padres por medio de los profetas, últimamente en estos días nos habló a nosotros por su Hijo... (Heb. 1,1-2).

Pues bien, todo lo que dijo Dios por medio de los profetas, y, lo que nos dijo directamente por medio de su Hijo, está en la Biblia, la cual- nos dice repetidamente que después de la muerte todos vamos a resucitar, unos para ir al cielo, y otros para ser condenados al infierno. Mientras aun estamos en esta vida podemos escoger.

"Muy equivocados estáis por no entenderlas Escrituras ni el poder de Dios. Porque en la resurección, ni los hombres tomarán mujer; ni las mujeres marido: sino que serán como ángeles de Dios en el cielo.

Y acerca de la resurrección de los muertos, ¿no habéis leído lo que Dios ha dicho? "Yo soy a Dios de Abraham, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob" (Ex. 3,6). *Dios no es Dios de muertos, sino de vivos. Muy equivocados estáis"* (Mt. 22,23-33; Mc. 12, 18-27).

"Cuando das un banquete, convida a los pobres, a los tullidos, a los cojos y ciegos, y serás feliz, porque ellos no podrán pagártelo, sino que se te pagará en la resurrección de los justos" (Lc. 14,13-14).

"No os asombre esto, porque vendrá el tiempo en que todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y saldrán los que hayan hecho el bien, para resurrección de vida: y los que hayan hecho el mal para resurrección de condenación" (Jn. 5, 28-29).

"Los hijos de este mundo toman mujer, y las mujeres son dadas en matrimonio; mas lo que sean dignos de alcanzar la otra vida y la resurrección de entre los muertos, ni ellos ni ellas se casarán; porque no pueden ya morir, pues serán semejantes a los ángeles e hijos de Dios, siendo hijos de la resurrección. Y en cuanto a que los muertos resucitaran, también Moisés lo dió a entender junto a la zarza, al nombrar al Señor Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob: porque no es Dios de muertos, sino de vivos, pues todos para El viven" (Lc. 20,35-38).

"Así como el Padre resucita a los muertos y les dá vida, así también el Hijo da la vida a los que quiere" (Jn. 5,21).

"El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y Yo lo resucitaré en el último día... El que come este pan, vivirá para siempre"(Jn. 6. 54,56).

"Yo soy la resurrección y la vida; quien cree en Mí, aunque haya muerto, vivirá, y todo el que vive y cree en Mí, no morirá jamás" (Jn. 11, 25-26).

"La voluntad del que me envió, es que Yo no pierda nada de cuanto El me ha dado, sino que lo resucite en el último día. Porque ésta es la voluntad del Padre: que todo aquel que contemple al Hijo y crea en El, tenga vida eterna; y Yo lo resucitaré en el último día" (Jn. 6, 39-40).

"En verdad, en verdad os digo: el que cree tiene vida eterna" (Jn. 6,47).

"Si se predica a Cristo como resucitado de entre los muertos, ¿cómo es que algunos dicen entre vosotros que no hay resurrección de muertos? Porque si es así que no hay resurrección de muertos, tampoco ha resucitado Cristo. Y si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación y vana también nuestra fe. Y en este caso, somos hallados también falsos testigos de Dios, porque atestiguamos contra Dios que resucitó Cristo, a quien no resucitó, si es ver-

dad que los muertos no resucitan; porque si los muertos no resucitan, tampoco Cristo ha resucitado, y si Cristo no ha resucitado, vuestra fe es vana; aun estais en vuestros pecados; entonces también los muertos en Cristo, perecieron. Y si sólo en esta vida ponemos nuestra esperanza en Cristo, somos los más miserables de los hombres. Mas ahora Cristo ha resucitado de entre los muertos, primicia de los que murieron. Puesto que por un hombre vino la muerte, por un hombre viene también la resurrección de los muertos. Porque como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados" (1 Cor. 15, 12-22).

"No queremos, hermanos, que ignoreis la suerte de los difuntos, para que no os aflijais como los demás que no tienen esperanza. Porque si nosotros creemos que Jesucristo ha muerto y ha resucitado, así también Dios llevará con Jesús a los que murieron en El",(1 Tes. 4,13).

"Las almas de los justos están en la mano de Dios, y no llegará a ellas el tormento de la muerte (eterna).

A los ojos de los insensatos pareció que morían; y su tránsito se miró como una desgracia, y como un aniquilamiento su partida de entre nosotros; mas ellos reposan en paz. Pero,

si delante de los hombres han padecido tormentos, su esperanza está llena de inmortalidad.

Su tribulación ha sido ligera, y su galardón será grande, porque Dios hizo prueba de ellos, y los halló dignos de Sí. Los probó como al oro en el crisol¡, y los aceptó como víctimas de holocausto, y a su tiempo se les dará la recompensa.

Brillarán los justos como centellas que discurren por un cañaveral. Juzgarán a las naciones y dominarán a los pueblos: el Señor reinará sobre ellos eternamente. Los que confían en El entenderan la verdad; y los fieles a su amor descansarán en El, pues que la gracia y la paz es para sus escogidos" (Sab. 3, 1-9).

"Los justos vivirán eternamente; su galardón está en el Señor, y el Altísimo tiene cuidado de ellos. Por tanto, recibirán de la mano del Señor el reino de la gloria, y una brillante diadema. Los protegerá con su diestra, y con su santo brazo los defenderá" (Sab. 5, 16-17).

"Los que duermen en el polvo de la tierra, se despertarán, unos para vida eterna, otros para ignominia y vergüenza eterna. Entonces los sabios brillarán como el resplandor del firmamento, y los que condujeron a muchos a la justicia, como las estrellas por toda la eternidad" (Dan. 12, 2-3).

(El segundo hermano Macabeo) sufrió también los mismos tormentos que el primero, y cuando estaba ya para expirar, dijo: "Tú, oh perversísimo, nos quitas la vida presente; pero el Rey del universo nos resucitará algun día para la vida eterna, por haber muerto en defensa de sus leyes" (2 Mac. 7,9).

"El cuarto, estando ya para expirar, dijo: "Es gran ventaja para nosotros perder la vida a manos de los hombres, por la firme esperanza que tenemos en Dios de que nos la volverá, haciéndonos resucitar. Pero tu resurrección no será para la vida" (Ibid. 13-14).

(El séptimo, dijo): "Mis hermanos por haber padecido ahora un dolor pasajero, se hallan ya gozando de la alianza de la vida eterna; mas tú, por justo juicio de Dios sufrirás los castigos debidos a tu soberbia..." (2Mac. 7,36).

"Habiendo recogido una colecta que mandó hacer, doce mil dracmas de plata, las envió a Jerusalén, a fin de que se ofreciese un sacrificio por los pecados de los difuntos, teniendo, como tenía, buenos y religiosos sentimientos acerca de la resurrección; pues si no esperara que los que habían muerto habían de resucitar, habría tenido por cosa superflua e inutil el rogar por los difuntos. Y porque consideraba que los que

habían muerto después de una vida piadosa, les estaba reservada una grande recompensa" (2 Mac. 12,42-45).

"Y si el Espíritu, del que resucitó a Jesús de entre los muertos, habita en vosotros, el que resucitó a Cristo Jesús de entre los muertos vivificará también vuestros cuerpos mortales por obra del Espíritu que habita en vosotros" (Rm. 8,11).

"Y Dios, como ha resucitado al Señor, también a nosotros nos resucitará con su poder" (1 Cor. 6,14).

"Sabiendo que el que ha resucitado al Señor Jesús, nos resucitará también a nosotros con Jesús y nos pondrá con vosotros a su lado" (2 Cor. 4,14).

"En verdad, en verdad os digo: El que escucha mi palabra y escucha a Aquel que me envió, tiene vida eterna y no viene a juicio, sino que ha pasado ya de la muerte a la vida" (Jn. 5,24).

"En verdad, en verdad os digo: si alguno guardare mi palabra, no morirá para siempre" (Jn. 8,51).

"No os admireis de esto, porque vendrá el tiempo en que todos los que están en los sepulcros, oirán su voz, y saldrán, los que hicieron el bien, para resurrección de vida, y los que

hicieron el mal para la resurrección de condenación" (Jn. 5, 28-29).

"Tengo en Dios una esperanza, la que también ellos mismos tienen, que ha de haber resurrección de justos y de pecadores..." (Hech. 24,15).

"Por (creer) en la resurrección de los muertos, soy juzgado hoy ante vosotros" (Hech. 24,21).

"Así como el Padre resucita a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a los que quiere" (Jn. 5,21).

"Sabiendo que el que ha resucitado al Señor Jesús, nos resucitará también a nosotros con Jesús y nos pondrá con vosotros a su lado" (2 Cor. 4,14).

"¿Tenéis acaso por increible que Dios resucite a los muertos?" (Hech. 26,8).

"Yo sé que mi Redentor vive, y que al fin se alzará sobre la tierra. Después (yo), en mi piel, revestido de este (mi cuerpo), veré a Dios desde mi carne. Yo mismo le verá; le verán mis propios ojos, y no otro; por eso se consumen mis entrañas" (Job. 19,25-27).

"El hombre ha de ir a la casa de su eternidad" (Ecli. 12,5).

"El mundo pasa también con sus concupis-

cencias; mas el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre" (1 Jn. 2,17).

"Ha de pagar a cada uno según sus obras, dando la vida eterna a los que, por medio de la perseverancia en las buenas obras aspiran a la gloria, al honor y a la inmortalidad" (Rm.2,6).

"Mas vale entrar en la vida eterna manco o cojo, que con dos manos o dos pies ser precipitado al fuego eterno" (Mt. 18,8).

Los hombres del mundo "no entendieron los misterios de Dios, ni esperaron la recompensa de los justos, ni hicieron caso de la gloria de las almas santas. Porque Dios creó al hombre para la inmortalidad, y le formó a su imagen y semejanza" (Sab. 2, 22-23).

"Tú no dejarás a mi alma en el sepulcro, ni permitirás que tu santo experimente corrupción" (Sal.15,10).

"Nada te detenga de orar siempre, ni te avergüences de justificarte hasta la muerte; porque la recompensa de Dios dura eternamente" (Eclo. 18,22).

"El número de los días del hombre, cuando mucho es de cien años, que son como una gota de las aguas del mar, o como un granito de arena; tan cortos son los años a la luz del día de la eternidad" (Eclo. 18,8).

Dios es remunerador

"En verdad, nuestra tribulación, aunque momentánea y ligera, nos ganará un superabundante e incalculable caudal eterno de gloria" (2 Cor. 4,17).

"El que se allega a Dios debe creer que Dios existe y que es además remunerador de los que diligentemente le buscan" (Heb. 11,6).

"(Dios) ha de pagar a cada uno según sus obras, dando la vida eterna a los que, por medio de la perseverancia en las buenas obras, aspiran a la gloria, al honor y a la inmortalidad, derramando su cólera y su indignación sobre los espíritus porfiados que no se rinden a la verdad, sino que abrazan la injusticia" (Rm.2, 6-8).

"El poder es de Dios, y la gracia, oh Señor, es tuya, porque Tú recompensas a cada uno según sus obras" (Sal. 62,13).

"El retribuirá a cada uno según sus obras" (Prov.24,12).

"Cada uno recibirá su recompensa en la medida de su trabajo" (1 Cor. 3,8).

"Quien escasamente siembra, escasamente recogerá; y quien siembra a manos llenas, a manos llenas recogerá" (2 Cor. 9,6).

"Nada me resta sino aguardar la corona de justicia que me está reservada, y que me dará el Señor en aquel día como justo juez: y no sólo a mí, sino también a todos los que llenos de fe desean su venida" (2 Tm. 4,8).

"Yo, el Señor, soy el que escudriño los corazones y el que examina los afectos, para retribuir a cada uno según su proceder, y conforme al mérito de las obras" (Jr. 17,10).

"No nos cansemos, pues de hacer el bien, porque si perseveramos, a su tiempo cosecharemos" (Gal. 6,9).

"Es forzoso que todos comparezcamos ante el tribunal de Cristo para que cada uno reciba el pago debido a las buenas o malas obras hechas en este mundo" (2 Cor.5,10).

"Bienaventurados el varón que soporta la prueba, porque una vez que haya sido probado, recibirá la corona de vida que Dios tiene prometida a los que le aman"(Sant. 1,13).

"Dios, sin acepción de personas, juzga ha cada cual según el mérito de sus obras" (1 Ped. 1,17).

"Dice el Señor: Mirad que vengo pronto y traigo conmigo mi galardón para recompensar a cada uno según sus obras" (Ap.22,12).

"Su tribulación ha sido ligera, pero su

galardón será muy grande; porque habiéndolos Dios probado, los ha hallado dignos de sí. Los ha probado como se prueba el oro en el crisol, y los aceptó como víctimas de holocausto; a su tiempo les dará la recompensa por toda la eternidad" (Sab. 3, 1-9).

"El ha de dar a las obras del hombre su pago merecido, y los ha de remunerar según la conducta de cada uno" (Job.34,11).

"Haced lo que debeis hacer antes que pase el tiempo; y El os dará a su tiempo vuestra recompensa" (Ecli. 51,38).

"Porque El ha de dar a las obras del hombre su pago, y los ha de remunerar según la conducta de cada uno; siendo como es verdad que Dios no condena sin razón, ni el Omnipotente trastorna la justicia" (Job. 34, 11-12).

"El Señor vuestro Dios os prueba para que se haga patente si le amais o no con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma" (Dt. 13,3).

"Bienaventurados sereis cuando os injuriasen y persiguieren y dijeren con mentira cosa mala contra vosotros, por causa mía. Alegraos y regocijaos; porque vuestra recompensa será grande en los cielos" (Mt. 5, 11-12).

"Si solamente amais a los que os aman, ¿qué recompensa mereceis?" (Mt.5,46).

"Guardaos de practicar vuestras buenas obras delante de los hombres, para que os vean, porque, si no, no recibireis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos" (Mt.6,1).

"Cuando tú hagas limosna, que no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha, para que tu limosna quede en secreto,y tu Padre que ve en lo secreto, te lo recompensará" (Mt.6, 3-4).

"Quien recibe a un profeta a título de profeta, recibirá paga de profeta, y quien recibe a un justo, a título de justo, recibirá paga de justo, y quién diere de beber a uno de estos pequeños un vaso de agua fresca, solamente a título de discípulo, en verdad os digo que no perderá su recompensa" (Mt. 10, 41-42).

"Vosotros amad a vuestros enemigos; haced bien y dad prestado sin esperar nada. Así tendreis abundante recompensa y sereis hijos del Altísimo, porque también El es bondadoso con los desagradecidos y los malos" (Lc. 6,35).

"Cuando des una comida o una cena, no convides a tus amigos, ni a tus hermanos ni a tus parientes, ni a tus vecinos ricos, porque quizá ellos a su vez te conviden y recibas tu recompensa. Tú cuando des un banquete, convida a los pobres, a los tullidos, a los cojos y ciegos, y serás feliz, porque ellos no podrán

pagártelo, sino que se te pagará en la resurrección de los justos" (Lc. 14,12-14).

"Hay que creer que Dios existe y que es remunerador de los que diligentemente lo buscan" (Heb. 11,6).

"Vende cuanto tienes y dárselo a los pobres, y así tendrás un tesoro en los cielos" (Mc. 10,21).

"Vended lo que teneis y dadlo en limosna: haced bolsas que no se gastan con el tiempo, un tesosoro inagotable en el cielo, adonde no alcanzan los ladrones ni destruye la polilla" (Lc. 12,33; Mt. 6, 19.-20).

"Corro hacia la meta, hacia el premio de la celestial vocación de Dios en Cristo Jesús" (Fil. 3,14).

"He luchado el buen combate, he terminado la carrera, he conservado la fe; por lo demás, me está reservada la corona de justicia que me dará en aquel día el Señor, el justo juez, y no sólo a mí, sino a todos los que hayan amado su venida" (2 Tm.4, 7-8).

"Se fiel hasta la muerte y Yo te daré la corona de la vida" (Ap. 2,10).

"Según está escrito: Lo que ni el ojo vió, ni oído oyó, ni pasó a hombre por pensamiento, lo tiene Dios preparado para aquellos que le

aman" (1 Cor.2,9).

"Fácil es a Dios el dar a cada uno en el día de la muerte el pago según sus obras" (Eclo. 11,28).

"Yo soy el escudriñador de interiores y corazones, y a cada uno de vosotros le daré su merecido" (Ap. 2,23).

"Yo, Yahvé, que escudriño el corazón y pruebo los riñones, para retribuir a cada cual según su proceder y según el fruto de sus obras" (Jr.17,10).

"Pues Dios traerá a juicio todo lo que se hace, aún las cosas ocultas, sean buenas o sean malas" (Ecli. 12,14).

Te juzgaré según tus obras, y haré caer sobre tí todas tus abominaciones" (Ez. 7,3).

"No escapará el pecador de su latrocinio; y no se retardará al misericordioso el premio que espera" (Eclo.,16,14).

"Quien escucha mi palabra y cree en aquel que me ha enviado, tiene la vida eterna y no incurre en sentencia de condenación, sino que ha pasado de la muerte a la vida" (Jn.5,24).

"Mas los justos vivirán eternamente; su galardón está en el Señor, y el Altísimo tiene cuidado de ellos" (Sab. 5,16).

"Por tanto, recibirán de la mano del Señor

el reino y la gloria, y una brillante diadema. Los protegerá con su diestra, y con su santo brazo los defenderá" (Sab. 5,17).

"Lo que un hombre sembrare, eso recogerá. Por donde quien siembra ahora su carne, de la carne recogerá después la corrupción; mas el que siembra para el espíritu, cogerá la vida eterna. No nos cansemos, pues, de hacer el bien; porque si perseveramos, a su tiempo recogeremos el fruto" (Gal.6, 8s).

"Delante del hombre están la vida y la muerte, el bien y el mal, lo que escogiere, eso se le dará" (Eclo. 15,18).

"El Señor es remunerador, y te volverá siete veces más" (Eclo. 35,13).

"Dará el pago de las obras según sus méritos y las obras de cada hombre" (Eclo. 35,24).

"Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer, si tiene sed, dale de beber; así amontonarás ascuas sobre su cabeza, y Yahvé te recompensará" (Prov. 25, 21-22).

"Tal como sean las obras, así la retribución" (Is. 59,18).

"Dios traerá a juicio todo lo que se hace, aun las cosas ocultas, sean buenas o sean malas" (Ecl. 12,14).

Uno es el resplandor del sol, otro el de la

luna y otro el de las estrellas, y una estrella se diferencia de la otra por el resplandor. Pues así en la resurrección de los muertos" (1 Cor. 15, 41-42). (Con esto nos enseña San Pablo que en el cielo hay diferentes grados de gloria, según los méritos de cada uno).

"He aquí que vengo pronto, y traigo conmigo mi recompensa, para dar a cada uno según sus obras" (Ap. 22,12).

"Dad y se os dará; se os echará en el seno una buena medida, apretada y bien colmada, hasta que se derrame. Porque con la misma medida con que midiereis a los demás, se os medirá a vosotros" (Lc. 6,38).

"El Hijo del hombre ha de venir revestido de la gloria de su Padre, acompañado de sus ángeles, y entonces dará el pago a cada uno conforme a sus obras" (Mt. 16,27).

"Tuya es la gracia: Tú a cada uno darás según sus obras" (Sal. 61,13).

"Grandioso eres en tus consejos e incomprensible en tus designios: contemplando están tus ojos todas las acciones de los hijos de los hombres para retribuir a cada uno según sus obras y según el mérito de su conducta" (Jr. 32,19).

La felicidad eterna

La Biblia nos habla con frecuencia del cielo. San Agustín lo dice así: "Toda la Sagrada Escritura nos exhorta a desprendernos de la tierra y a dirigir nuestras miradas al cielo, en donde se halla la verdadera y suprema felicidad".

Jesucristo llamaba "bienaventurados" a los pobres, a los que sufren... y los animaba diciéndoles: *"Alegráos y regocijaos porque es grande vuestra recompensa en el cielo"* (Mt.5,12).

El cielo es un estado de felicidad inenarrable. La feliz realidad del cielo es tan grande que nos faltan palabras para poder expresarla adecuadamente: *"Ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni vino a la mente del hombre lo que Dios tiene preparado para los que le aman"* (1 Cor. 2.7).

Está muy bien definir el cielo como *la visión facial y goce fruitivo de Dios con todo el conjunto de bienes que le acompañan.* Pero resulta dificil entender desde este mundo la riqueza infinita que entraña esa posesión plena y perfecta de una felicidad sin límites, totalmente saciativa de las apetencias del corazón humano y con la seguridad absoluta de poseerla para siempre.

La doctrina, pues, de la Iglesia católica sobre

el cielo es ésta: "Los que mueren en gracia y amistad de Dios y están perfectamente purificados, viven para siempre en el cielo con Cristo. Allí serán siempre semejantes a Dios, porque le verán *"tal cual es"*(1 Jn. 3,2), *"cara a cara"* (1 Cor. 13,12). (CIC. 1023-1029).

En el cielo no existe la vejez, ni la enfermedad, ni clase alguna de sufrimiento, de aburrimiento ni de dolor. La vida de todos los que entran en el cielo gozan de eterna juventud, de una belleza incomparable y de continuos placeres inigualables que superan miles y millones de veces a todos los mayores placeres que alguno haya podido experimentar en este mundo.

Pero todos los que están en el cielo no tienen la misma gloria y felicidad, sino que cada uno la tendrá conforme a sus propios merecimientos, como nos dice la Sagrada Escritura y como declararon los concilios de Florencia, 963 y Trento,842.

El cielo se da como premio de las buenas obras, pero superando inmensamente a las buenas obras (Trento. 836).

"Los trabajos de esta vida no tienen comparación con aquella gloria eterna que debe resplandecer un día en nosotros" (Rm. 8,18).

Dios nos hará eternamente felices

"Quedarán embrigados con la abundancia de tu casa, y les harás beber en el torrente de tus delicias. Porque en Tí está la fuente del vivir; y en tu luz veremos la luz" (Sal. 45, 9s).

"Los que han sido redimidos por el Señor volverán y llegarán a Sión cantando alabanzas, coronados de sempiterna alegría; tendrán gozo y alegría constante y huirá de ellos el dolor y la pena" (Is. 51,11).

"Ya no tendrán hambre, ni sed, ni descargará sobre ellos el sol ni el bochorno; porque el Cordero que está en medio de el solio será su pastor, los llevará a fuentes de aguas vivas, y Dios enjuagará todas las lágrimas de sus ojos" (Ap. 7,16).

"Yo os confío mi reino, como mi Padre me lo confió a Mí, para que comáis y bebais a mi mesa en mi reino, y os senteis en tronos para juzgar a las doce tribus de Israel" (Lc. 22,29-30).

"Vuestro corazón se llenará de gozo, y nadie os podrá quitar vuestra alegría" (Jn.16,22).

"Os alegraréis con gozo inefable y glorioso, logrando el fin de vuestra fe, que es la salvación de las almas" (1 Ped. 1, 8-9).

"Cuando aparezca Cristo, que es vuestra

vida, entonces aparecereis también vosotros con El gloriosos" (Col. 3,4).

"Cuando se dejará ver el príncipe de los pastores, recibireis una corona inmarcesible de gloria" (1 Pd.5,4).

"Los que hubieren sido sabios, brillarán como la luz del firmamento; y como estrellas por toda la eternidad, aquellos que hubieren enseñado a muchos la justicia" (Dn. 12,3).

"Los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre" (Mt.13,43).

"Los justos vivirán eternamente, y su galardón está en el Señor... recibirán de la mano del Señor el reino de la gloria y una brillante diadema" (Sab. 5,16).

"Transformará nuestro vil cuerpo, y lo hará conforme al suyo glorioso" (Fil. 3,21).

"El cuerpo... es puesto en la tierra en estado de corrupción, y resucitará incorruptible. Es puesto en la tierra todo disforme, y resucitará glorioso. Es puesto en la tierra privada de movimiento, y resucitará lleno de vigor; es puesto en la tierra como un cuerpo animal y resucitará como un cuerpo espiritual" (1 Cor. 15, 42-44).

"Yo estoy firmemente persuadido de que los sufrimientos de la vida presente no son de com-

parar con aquella gloria venidera que se ha de manifestar en nosotros" (Rm. 8,18).

"Las aflicciones tan breves y tan ligeras de la vida presente nos producen el eterno peso de una sublime e incomparable gloria". (2 Cor. 4,17).

"Siendo hijos, somos también herederos: herederos de Dios y coherederos con Cristo; con tal, no obstante, que padezcamos con El, a fin de que seamos con El glorificados" (Rm. 8,17).

"Lo que el ojo no vió ni el oído oyó ni al corazón del hombre ha podido llegar, eso es lo que Dios ha preparado para aquellos que lo aman" (1 Cor.2,9).

"Y esta es la promesa que El nos hizo: la vida eterna" (1 Jn.2,25).

"Dios os ha llamado a su reino y gloria" (1 Tes. 2,12).

(Dios os ha) "escogido... mediante la santificación del espíritu y la verdadera fe, a la cual os llamó, asimismo por medio de nuestro Evangelio, para hacernos conseguir la gloria de nuestro Señor Jesucristo" (2 Tes. 2,12s).

"Carísimos, nosotros somos ya ahora hijos de Dios, más lo que seremos algún día no aparece aún. Sabemos que cuando se nos manifies-

te (en la gloria), seremos semejantes a El, porque le veremos tal cual es" (1 Jn. 3,2).

La vida eterna

"Maestros bueno, ¿que haré yo para heredar la vida eterna? - No hay nadie que haya dejado casa, o padres, o hermanas, o esposa, o hijos, por amor del reino de Dios, el cual no reciba mucho más en este mundo, y en el venidero, la vida eterna" (Mc. 10,17; Lc. 18,29-30).

"Al modo que Moisés en el desierto levantó en alto la serpiente, así también es menester que sea levantado en alto el Hijo del hombre, para que todo aquel que crea en El no perezca, sino que logre la vida eterna" (Jn. 3, 14-15).

"Aquel que cree en el Hijo, tiene vida eterna; pero quien no cree al Hijo, no verá la vida" (Jn.3,36).

"El que siega, recibe su recompensa y recoge la mies para la vida eterna" (Jn. 4,36).

"En verdad, en verdad os digo: El que escucha mi palabra y cree en Aquel que me envió, tiene vida eterna y no va a juicio, sino que ha pasado ya de la muerte a la vida" (Jn.5,24).

"Trabajad, no por el manjar que pasa, sino por el manjar que perdura para la vida eterna...(Jn. 6,27).

"En verdad, en verdad os digo, todo el que cree tiene la vida eterna" (Jn. 6,47).

"El que come mi carne y bebe mis sangre, tiene la vida eterna, y Yo le resucitaré en el último día" (Jn.6,54).

"Mis ovejas oyen mi voz, Yo las conozco y ellas me siguen, y Yo les doy la vida eterna, y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano" (Jn. 19, 27-28).

"Quien ama su vida, la pierde; y quien aborrece su vida en este mundo, la conservará para la vida eterna" (Jn. 12,25).

"Sabemos también que si esta tienda (o cuerpo) terrestre, se destruye, nos dará otra Dios en el cielo, no hecha por hombres, y que durará eternamente" (2 Cor.5,1).

"Lucha valerosamente por la fe, arrebata y asegura bien la vida eterna, para la cual fuiste llamado y diste un buen testimonio" (1 Tm.6,12).

"Por eso todo lo soporto a causa de los escogidos, para que ellos también alcancen la salvación en Cristo Jesús con gloria eterna" (2 Tm. 2,10).

"Dios, que no miente, desde toda la eternidad, prometió la vida eterna" (Tit. 1,2).

"El es el mediador de un pacto nuevo, a fin

de que, una vez realizada su muerte para la redención de las transgresiones cometidas durante el primer pacto, los llamados reciban la promesa de la herencia eterna" (Heb. 9,15).

"Os damos testimonio y os anunciamos la vida eterna" (1 Jn. 1,2).

"Esta es la promesa que El nos ha hecho: la vida eterna" (1 Jn.2,25).

"El testimonio es éste: Dios nos ha dado vida eterna" (1 Jn. 5,11).

"Escribo esto a los que creeis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepais que teneis vida eterna" (1 Jn. 5,13).

"Permaneced en el amor de Dios, esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para la vida eterna" (Jd. 21).

"La voluntad de mi Padre, que me ha enviado, es que todo aquel que ve o conoce al Hijo y cree en El, tenga vida eterna, y Yo le resucitaré en el último día" (Jn. 6,40).

"Lo que un hombre sembrare, eso recogerá. Por donde, quien siembra ahora para su carne recogerá después la corrupción; mas el que siembra para el espíritu, cogerá la vida eterna" (Gál.6,8).

"Por medio de las buenas obras... se os abrirá de par en par la entrada en el reino eter-

no de nuestro Señor y Salvador Jesucristo" (2 Pd.1,11).

(Dios) "ha de pagar a cada uno según sus obras, dando la vida eterna a los que por medio de la perseverancia en las buenas obras, aspiran a la gloria, al honor y a la inmortalidad" (Rm.2,6,7).

"Justificados por la gracia, venimos a ser herederos de la vida eterna, según nuestra esperanza" (Tit. 3,7).

"El Dios de toda gracia, que nos llamó a su eterna gloria por Jesucristo, después que hayais padecido un poco, El mismo os perfeccionará, fortificará y consolidará" (1 Ped. 5,10).

"Los que hayan hecho obras buenas, resucitarán para la vida; pero los que la hicieron malas, resucitarán para ser condenados" (Jn. 5,29).

"Y muchos de aquellos que duermen en el polvo de la tierra, despertarán: unos para la vida eterna y otros para la ignominia, la cual tendrán siempre delante de sí" (Dan. 12,2).

APENDICE

La fe de la Iglesia

La Santa Madre Iglesia en varias ocasiones ha declarado verdades de fe, la resurrección inmediata, después de la muerte, inmediatamente el juicio particular donde las almas son sentenciadas a pasar inmediatamente al cielo, al infierno o al purgatorio. Las almas que tienen la dicha de entrar en el cielo, continuarán allí felices por toda la eternidad. Lo mismo los que van al infierno, sufrirán tormentos por toda la eternidad.

> "Definimos con la autoridad apostólica: que, según la disposición general de Dios, las almas de todos los santos que salieron de este mundo... y de todos los demás fieles muertos después de recibir el bautismo de Cristo en los que no había nada que purificar cuando murieron...; o en caso de que tuvieran o tengan algo que purificar, una vez que estén purificados después de la muerte... aun antes de la resurrección de sus cuerpos y del juicio final, después de la Ascensión al cielo del

Salvador, Jesucristo Nuestro Señor, estuvieron, están y estarán en el cielo, en el Reino de los cielos y paraíso celestial con Cristo, admitidos en la compañía de los ángeles..." (Benedicto XII: DS 1000; cf LG 49).

La resurrección de todos los muertos, *"de los justos y de los pecadores"* (Hech. 24,15) precederá al Juicio final. Esta será *"la hora en que todos los que estén en los sepulcros oirán su voz, y los que hayan hecho el bien, resucitarán para la vida, y los que hayan hecho el mal, para la condenación"* (Jn.5, 28-29).

La Sagrada Escritura nos habla claramente muchas veces de la resurección; pero para que no quepa duda, la Santa Iglesia lo ha definido expresamente en varias ocasiones.

> "Definimos.... que, en el día del juicio, todos los hombres comparecerán ante el tribunal de Cristo con sus propios cuerpos, para dar cuenta de sus propios actos, *" a fin de que reciba cada uno segun lo que hubiere hecho por el cuerpo, bueno o malo"* (2 Cor. 5,10).
>
> *"Creo en la resurrección de la carne"*, Símbolo de los Apóstoles (Denz.2).

"Condenamos también a los que no confiesen la resurrección de los muertos" (Símbolo de S. Epifanio. Denz. 14).

Concilio I de Toledo: "Creemos en la resurrección de la carne" (Denz. 20). "Si alguno dijere o creyere que los cuerpos humanos no resucitan después de la muerte, sea anatema" (Denz. 30).

Símbolo de San Atanasio: "A cuyo advenimiento (de Cristo) todos los hombres deberán resucitar con sus propios cuerpos, y darán razón de sus propios actos" (Denz. 40).

Inocencio III: "Creemos de corazón y confesamos con la boca la resurrección de esta misma carne que ahora tenemos y no otra" (Denz. 429).

Concilio IV de Letrán: "Firmemente creemos y confesamos que todos resucitarán con sus mismos cuerpos, y darán razón de sus propios actos" (Denz. 429).

Pablo VI: "Creemos en la vida eterna. Creemos que las almas de todos aquellos que mueren en la gracia de Cristo -tanto las que todavía deben ser purificads con el fuego del purgatorio como las que son recibidas por Jesús en el paraíso en segui-

da que se separan del cuerpo, como el Buen Ladrón -constituyen el Pueblo de Dios después de la muerte... el día de la resurrección, en el que estas almas se unirán con sus cuerpos.

Creemos que la multitud de aquellas almas que con Jesús y María se congregan en el paraíso, forma la Iglesia celeste, donde ellas, gozando de la bienaventuranza eterna, ven a Dios como El es, y participan también, ciertamente en grado y modo diverso, juntamente con los santos ángeles, en el gobierno divino de las cosas, que ejerce Cristo glorificado, como quiera que interceden por nosotros y con su fraterna solicitud ayudan grandemente nuestra flaqueza" (Credo del Pueblo de Dios).